

tradiciones sangrientas y trágicas de la propia familia y tener que odiar á los tiempos pasados y á las generaciones muertas. Su juventud corrió en Tierra Santa y en la lucha legendaria con los asesinos. Así el catolicismo y la ortodoxia formaron como la sangre de su sangre, como la carne de sus carnes, como los huesos de sus huesos. La cuarta cruzada le encontró en el camino, cuando volvía de Oriente. Y como la divirtieran de sus naturales fines, y la consagraran á objetos ajenos á ella, el Papa la excomulgó; y entre todos los guerreros, ninguno, sino Simon de Monfort, tuvo el coraje necesario para leer ante la cruzada la bula conminatoria de los Papas. Este hecho le valió su poder y su fortuna. Todo en él era valor y valor consagrado á la defensa de la religion católica. Puede decirse que parecia un sacerdote en armas. El coraje, natural á su gente, aumentábalo su mujer, tan valerosa como él, pues fué capaz de reunir un ejército y de acorrerle en una de sus mayores necesidades. Tal era el general de la cruzada, un hombre á todo dispuesto por el catolicismo primero y despues por sus propias ambiciones.

Así la guerra tomó el aspecto de una de aquellas guerras asiáticas, movidas por odios irreconciliables y acabadas por el exterminio completo de los vencidos. Precisa evocar la imágen de Tiro desarraigada de la tierra, como árbol maldito, por la espada vencedora de Alejandro; el sitio de Jerusalem, cuyos habitantes se matan unos á otros para no caer en poder del vencedor, y los supervivientes van con las manos atadas á las espaldas y las cadenas ceñidas á las plantas como cautivos á extranjera tierra; la noche última de Babilonia ó de Nínive, ciudades que parecen por genios invisibles incendiadas y esparcidas á los cuatro vientos, para comprender esta horrible cruzada contra los albigenses, en que ejércitos de un Dios de misericordia, suscitados por un Pontífice, presididos por obispos, llenos de indulgencias y de bendiciones, castigan, no ya la herejía, que de ser delito, lo fuera de pensamiento, inaccesible á todas las fuerzas coercitivas, sino la tolerancia con la herejía, la caridad muchas veces, la compasion otras; y las castigan con el hierro, con el fuego, con la tala, con la despoblacion, con las inmolaciones y los sacrificios de pueblos enteros caidos sobre las ruinas al bárbaro empuje de Monfort como á la hoz del segador las mieses sobre los surcos. ¿Qué le valia á Bezieres la presencia de su obispo á la cabeza del ejército sitiador? Un horrible

castigo. Pidiéronle á la ciudad con imperio la entrega de los maniqueos y se negó á ello. Esta generosidad bastó para que decretaran su muerte y se apercibieran á ejecutarla colectivamente sobre todo un pueblo. Defendióse este con coraje, y aun salió de su recinto á impedir los preparativos del sitio. Temeridad sin ejemplo tal salida por la desproporcion numérica entre sitiadores y sitiados. Perdiéronse estos en el inmenso número de aquellos, sin lograr otra cosa que abrir las puertas de la propia ciudad y causar su perdicion y su ruina. En efecto, juntos entraron amigos y enemigos dentro del recinto, mezclados, confundidos; y no hay para qué decir cómo predominaría el mayor número y cuán fácil resultaría por tanto aquella breve conquista.

En ánimos mas humanos la facilidad de la victoria produjera el regocijo consiguiente á inesperado éxito; y este regocijo engendrara piedad y misericordia. En aquellos ánimos pervertidos por la supersticion religiosa, tan solo cabia la sañuda é implacable venganza. Los infelices vencidos, aquellos que escaparon á las primeras mordeduras de la rabia, reuniéronse en la iglesia de San Nazario y los clérigos tocaron las campanas á rebato, no dice la crónica si para conjurar ó para traer la venganza. Lo cierto es que entraron en la iglesia los ortodoxos, y al pié mismo de los altares, en presencia de los signos mas sagrados de nuestra redencion, sin temor alguno á la divina cólera, así mataron á los fieles como á los infieles, á los laicos como á los eclesiásticos, á los ancianos como á los niños, á las mujeres como á los soldados. Trescientos mil hombres de toda Europa componian aquella manada de tigres. A la matanza siguió el saqueo, al saqueo siguió el incendio, como si quisieran castigar hasta en los objetos inanimados culpas de la conciencia solo justiciables en los tribunales de Dios. Entonces fué cuando un soldado, mas piadoso que los clérigos sus incitadores, se dirigió al abad de Citeaux preguntándole cómo distinguiría los fieles de los infieles, para castigar á estos y perdonar á aquellos. Y el abad le respondió: «mátalos á todos, que Dios conocerá á los suyos en la otra vida.» Varios cálculos traen los historiadores con respecto al número de víctimas inmoladas por este terrible mandato. Unos dicen que fueron treinta y ocho mil los muertos, otros que sesenta mil. Michelet, narrando en su animado y pintoresco estilo esta tragedia, dice:

«el ejecutor mismo, el abad de Citeaux en su carta á Inocencio III, confiesa humildemente que solo pudo degollar á veinte mil.»

Apenas hay medio de creer los horrores de este tiempo. Si no los contaran los mismos que los cometieran, creeríamoslos invenciones de sus enemigos, fábulas de la historia. Precisa leer al monje del Valle, leer á Vicente de Beauvais, leer á los historiadores mas acreditados para alcanzar toda la barbarie de esta terrible guerra. Lo mas notable es que cuantos hechos referimos los sacamos de escritos ortodoxos, porque todo cuanto escribieron los albigenses, todo pereció en el universal exterminio. Simon de Monfort, para empezar sus hazañas y decir á los enemigos cómo iba inmediatamente á perseguirlos, cortó las narices y arrancó los ojos á cincuenta prisioneros albigenses, dejando tuerto á uno solo, que pudiese conducir á los infelices mutilados y ciegos á sus hogares y á su patria. Algo mas horrible pasó todavía, y que muestra el refinamiento en la crueldad y en la venganza. Tomado el castillo de Minerva el año 1210, el abad de Citeaux, á quien se le habia deferido la decision suprema sobre la suerte de los prisioneros, concibió y tendió la mas singular celada que puede ocurrirse á un diabólico entendimiento. Todos los prisioneros pertenecian á los que llamaban perfectos en la secta, es decir, á la flor de aquel sacerdocio obligado al riguroso cumplimiento del deber por la fuerza y por la importancia misma del privilegio. Así el abad sabia que ninguno de ellos era capaz de abjurar la propia fe y convertirse á la ortodoxia. En esta seguridad, mandó encender las hogueras, y enseñándoselas en toda su fuerza destructora, les dijo que podian contar con el perdon y huir de aquella muerte terrible y cierta si renegaban de sus creencias y se convertian á la verdad católica. Ciento veinticuatro perfectos se arrojaron todos á un tiempo en las voraces llamas y murieron víctimas de las cóleras religiosas de su tiempo y mártires de una idea que no merecia, no, tan grandes y cruentos sacrificios. Lo mismo sucedió en los castillos de Lavan y de Caser. Como en el primero se cayese la horca á fuerza de ejercicio, pasóse á cuchillo á todos los vencidos. La hermana del Sr. de Monreal fué arrojada á un pozo, que luego colmaron de piedras. En Penne colgaron á ciento catorce soldados y decidieron que los habitantes optaran entre la conversion ó la hoguera. Casi todos murieron quemados. Y segun cuenta Vicente de Beauvais, enterraron á la señora del

castillo, á pesar de hallarse en cinta, y enterráronla viva. En Caser mataron á sesenta, de los cuales mas de la mitad pertenecian á la orden de los perfectos. Cuando se considera tanta crueldad, hasta el sentimiento mas exaltado se embota y concluye el ánimo por preguntar, si la especie humana, pervertida por la supersticion y el fanatismo, no cae mas bajo en carnicera y feroz crueldad que las alimañas salvajes.

El horror fué tanto que hasta el cielo parecia cerrado á los clamores y á las impetraciones de las víctimas. Despobláronse las poblaciones y pobláronse las montañas. Los hombres llegaron á concebir odio á sus semejantes y miedo á la sociedad. Parecian las mayores ciudades panteones vacíos. No bastaba con profesar la fe ortodoxa, queríase que cada hombre fuese esbirro, juez, verdugo de sus semejantes. Solo Carcasona se hallaba de pié, porque su jóven y animoso señor habíase encerrado en ella resuelto á morir con todos los suyos antes que á tolerar la bárbara intolerancia de los cruzados. Intercedió en su pro el Rey de Aragon; y pudo conseguir que le dejaran libre con doce señores mas. Negóse el de Carcasona á tal trato, convencido de que si castigaban como un crimen la resistencia de Carcasona, debian primero castigarlo á él por haber sido el mas resistente. Pero habíanse refugiado tantas gentes en la ciudad que no entregarse despues de todo equivalia por completo á morir al hambre ó á la peste. Salieron por un subterráneo, que conducia á dos leguas mas léjos; y á pesar de esto, entregaron á la persecucion, por material imposibilidad de defenderlas, muchas gentes, de las cuales cincuenta personas subieron á la horca y cuatrocientas bajaron á la hoguera. No quedaban, pues, de aquellos hermosos dominios feudales mas que ruinas y escombros. La soberanía de estos cementerios fué entregada por los legados á Simon de Monfort, el cual impuso sobre cada vivienda una contribucion destinada al Papa. A los pocos dias de obtener el dominio sobre Carcasona, murió el conde y señor de la ciudad; y la crónica del Langüedoc dice en su sencillo estilo que solo una voz corria por toda la tierra, que le habia asesinado el mismo Simon de Monfort. Tales hechos desanimaron á los mas feroces cruzados. La mayor parte de los grandes caballeros feudales volvieron la espalda; y dejaron á Monfort en sus victorias, en sus goces, en su absoluta dominacion. Apenas tenia gente con quien pelear; y hubo de acudir al engaño

para detener á los condes de Tolosa y de Foix que hubieran podido á su arbitrio sorprenderlo y aniquilarlo, si no se encontraran sus ánimos en el peor de los estados cuando apremia la guerra, en la incertidumbre y en la duda. Sucumbiera Monfort, si los condes de Tolosa y de Foix marcharan á combatir con él, en vez de marchar á entenderse con el Papa. Este les dió cierto tiempo, tres meses, para reconciliarse con la Iglesia y pedir la absolucion. A la hora en que terminaba el plazo, corrió Raimundo de Tolosa desalado á buscarla, no solo en bien de su alma, sino en provecho de su condado. Pero, hallándose presente el capellan de Nuestra Señora de Paris, llamado Teodisio, le negó toda esperanza de perdon y de misericordia. Y como el conde, en su angustia, despidiera una lágrima, contestó el implacable sacerdote: «Por mucho que crezcan las aguas, no subirán, no, hasta la peana del Señor.» En estas, la esposa de Simon de Monfort, yéndose de region en region y de gente en gente, habia reunido una nueva cruzada y entregádola por completo á merced de su cruel esposo.

Los albigenses dejaron las ciudades y corrieron á los castillos. Narbona, que permaneciera exenta del diluvio, por razon de las leyes dadas contra los herejes, tuvo que tomar parte en la cruzada y que asistir al terrible sitio del fuerte castillo de Minerva. Desde lo alto de las montañas miraba Monfort en el valle á Tolosa, como el milano desde sus solitarias alturas, con las alas tendidas al aire, la pupila centelleante de rabia, y el estómago movido por la voracidad, mira en las honduras la débil ave próxima á caer entre sus garras y á pasar á su vientre. Conociólo Raimundo, y clamaba y gritaba y se dirigia, pintándole su situacion y pidiéndole su auxilio, al Emperador de Alemania y á los Reyes de Inglaterra, de Aragon y de Francia. El caballeresco Pedro II, digno por su generosidad y por su entereza de las tierras que mandaba, se conmovió á tanta pena, y quiso convertirse en protector de la desgracia inmerecida, dándole al conde por mujer su hermana é intercediendo en su favor ante el concilio de Arles. Mas no habia poder bastante en la tierra, no, á herir el corazon de aquella Iglesia implacable y á conmover sus crueles entrañas. El mismo Rey de Aragon tuvo que dejar el concilio y huir á uña de caballo; porque lo hubieran despiadadamente detenido y preso. Para perdonar á Raimundo pedíanle que licenciara todas sus tropas, que perdiera á todos sus

aliados y amigos, que dejara á los herejes, que reconociera como soberano al conde de Monfort, que dispusiera la prohibicion de comer carnes, de vestir ricos trajes, de habitar en las ciudades hasta que él mismo, despues de haber ido á pelear con los turcos en la orden de San Juan de Jerusalem, volviera perdonado y absuelto, cuando bien le placiese á los legados del Papa. Naturalmente, á tal humillacion cualquiera hubiese preferido la muerte y la prefirió el conde de Tolosa, encerrándose en su ciudad y poniendo su porvenir y su destino en manos de Dios. Sitió á Tolosa, no Monfort en persona, sino el propio obispo de la ciudad, el terrible Foulquet, antiguo trovador, que pulsara el laud en las serenatas y en las orgías, que compusiera canciones amorosas dignas de aquellos depravados tiempos, que descollara en ciudad tan corrompida por sus placeres y por sus aventuras, y que, al ceñirse la mitra pastoral, decretaba en conciencia su exterminio como el último de los tiranos, é iba él mismo á cumplirlo en persona como el último de los verdugos. Al ver que otro podia llevarse la gloria ó la responsabilidad de sitiar á Tolosa, Monfort, el férreo jefe de la cruzada, se presenta y arremete con su nativa furia y apercibe sus saturnales de venganza. El clero, en vez de interponerse entre la vida de la ciudad y la cólera del conde, sale del recinto, entonando letanías y asintiendo á la muerte de aquella poblacion á quien debiera en sus necesidades acorrer y por quien debiera impetrar no solamente la compasion de los hombres, sino tambien la misericordia de los cielos.

Entre tanto, la cruzada caia por su propio peso de las esferas de la religion á las esferas de la política. El disentimiento de las conciencias pasaba por ende á sencillo pretexto y ocultábanse tras sus combates las tristes rivalidades de la política y la satisfaccion colmada de las mas protervas ambiciones. Así los monjes franceses, promovedores de la guerra, extendian su autoridad política sobre los territorios castigados; y los obispos y los arzobispos aumentaban sus báculos, prolongándolos con los cetros, y ceñian coronas ducales á sus mitras de pastores. Monfort, que necesitaba pelear como el leon necesita comer, ave de rapiña, fiera de las selvas, sér sangriento y carnicero, anheloso de tener mas guerras y matar mas gentes, entra por países ortodoxos é infiere á los católicos idénticos castigos que á los herejes. Todos los señores feudales, asentados en las laderas del Pirineo, se ligaron en liga de